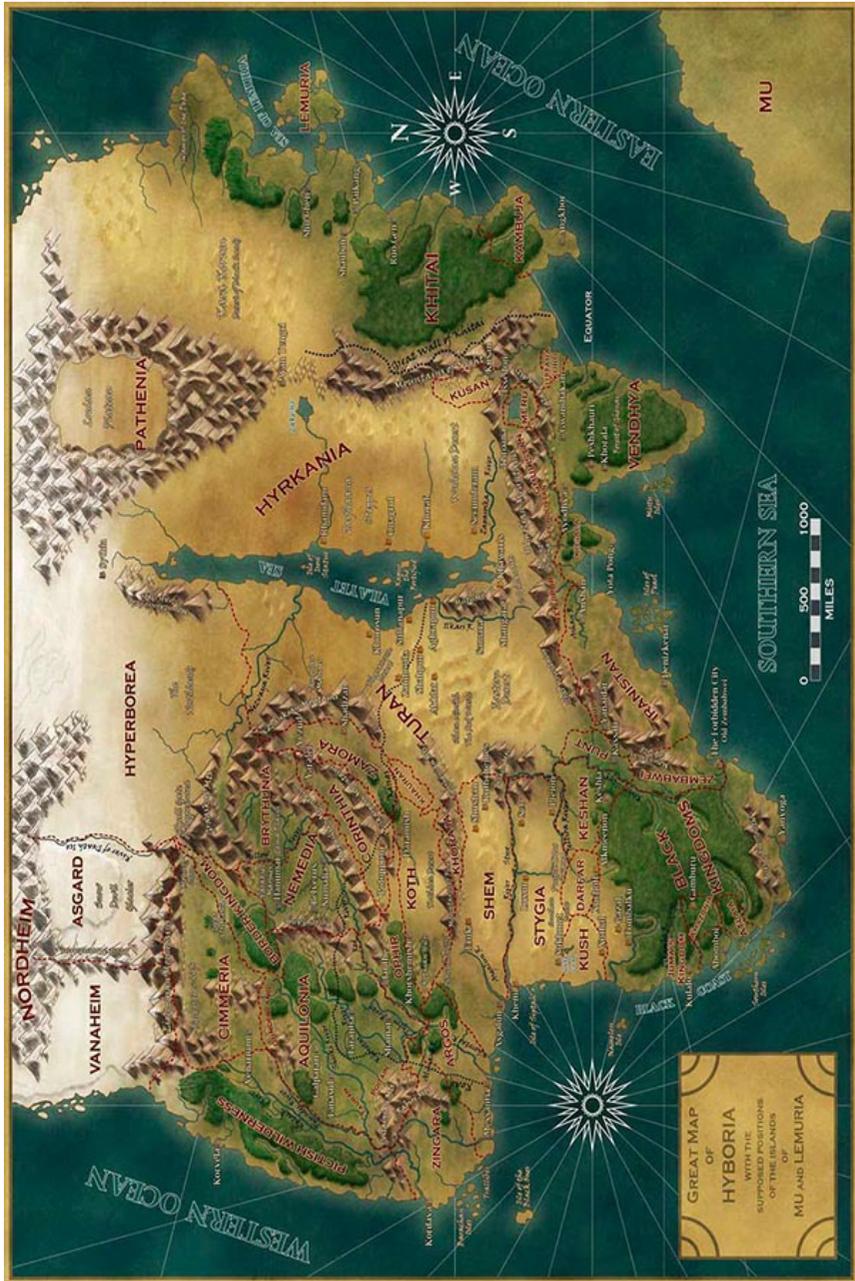


Robert E. Howard

CONAN EL CONQUISTADOR



Conan ya establecido como rey de Aquilonia, a los cuarenta y tantos años, tiene que hacer frente a una invasión lanzada desde la vecina Nemedía, donde unos conjurados (incluyendo traidores aquilonios emparentados con la antigua dinastía) han resucitado al brujo Xaltotun, el más poderoso hechicero de la historia, muerto desde los tiempos de Aquerón, un imperio diabólico que dominó el mundo tres mil años antes de la Era Hyboria. El concurso de la magia pronto vuelve las tornas en contra de Conan, que se ve derrotado y prisionero en Belverus, la capital de Nemedía, mientras el rumor de su muerte sume a su reino en el caos.



Introducción

Conan el Cimmerico es el héroe de unos veinticinco relatos de Robert Ervin Howard (1906-1936). El autor vivió durante la mayor parte de su corta existencia en Cross Plains, Texas. Allí escribió los numerosos relatos de ficción que componen su obra: historias de detectives, deportivas, cuentos orientales y novelas del oeste. Pero el género que más fama le ha dado es el de la fantasía heroica y dentro de él, las historias de Conan.

La fantasía heroica es una historia sobrenatural que se desarrolla en un mundo imaginario: en esta tierra, tal como debió ser hace mucho tiempo o como ha de ser en el futuro o bien en otro mundo o en otra dimensión. En ese universo de fantasía todos los hombres son fuertes, las mujeres hermosas, todos los problemas son simples y la vida es una aventura. El género fue creado por William Morris a finales del siglo XIX y desarrollado por Lord Dunsany y Eric R. Eddison a principios del XX. Ellos fueron los principales inspiradores de nuestro autor.

En vida de Howard se publicaron dieciocho cuentos de Conan. Otros, desde manuscritos incompletos a meros fragmentos, se han ido descubriendo entre sus documentos a partir de 1950. Yo he tenido la suerte de preparar para su publicación dichos manuscritos y de completar algunos que eran meros esbozos.

De todas las historias de Conan, esta es la única que tiene la longitud de una novela. Fue una de las últimas que escribió antes de su triste suicidio y merece figurar entre las

mejores obras de fantasía heroica, como *El gusano Ouroboros* de E. R. Eddison; *El pozo del Unicornio*, de Fletcher Pratt, y *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien. Aunque su valor puede ser menor en cuanto a calidad literaria o profundidad filosófica, es perfectamente comparable a estas en cuanto a acción, colorido y emoción.

A pesar de sus limitaciones como escritor, Howard era un narrador nato. Al leer las historias de Conan, el lector tiene la sensación de estar escuchándola de labios del propio héroe que, sentado ante el fuego de un hogar, recuerda sus múltiples aventuras. En literatura, la diferencia entre un narrador nato y otro que no lo es, es como la que hay entre un barco que flota y otro que se hunde. Si el escritor tiene calidad, podemos perdonarle muchos de sus errores; si no la tiene, ninguna otra virtud puede suplir sus carencias, de la misma forma que la pintura y el brillo de los bronce de un barco no pueden impedir que se hunda.

Esta novela fue publicada, en forma de serial, en *Weird Tales*, una revista que ofrecía en sus páginas, entre artículos y cuentos realmente malos, muchas historias de indudable valor literario. La presente historia de Conan apareció bajo el título, *La hora del dragón*. Cuando fue reimpressa en forma de libro se le cambió el título por el de *Conan el conquistador*. Yo he preferido mantener este último porque el primero, aunque es llamativo e intrigante, apenas tiene que ver con la historia que se narra en estas páginas. Solo he introducido unos pocos cambios en el relato para eliminar los puntos menos consistentes de la versión original.

Conan vivió, amó y luchó en la imaginaria Era Hybórea, hace unos doce mil años, entre el hundimiento de Atlantis y los umbrales de la historia escrita. Era un gigantesco aventurero bárbaro originario de Cimmeria y que, en su juventud, llega al reino de Zamora (ver mapa) donde, durante varios años, lleva una vida dedicada al saqueo y al robo. Después se enrola como soldado mercenario, primero en el

reino oriental de Turan y posteriormente en los reinos hybóreos.

Al verse obligado a abandonar Argos, Conan se convierte en un pirata que asola las costas de Kush junto a su compañera Belit, una pirata shemita, y al mando de una tripulación de corsarios negros.

Después de la muerte de Belit, vuelve a trabajar como mercenario en Shem y en los reinos hybóreos cercanos. Conoce a los forajidos nómadas de las estepas del este, a los piratas del mar de Vilayet y a las tribus de las montañas Himelias, en la frontera entre Iranistán y Vendhya.

Después de pelear en Koth y en Argos como mercenario, Conan vuelve al mar, primero como pirata de las islas Baracha y después como capitán de un navío de bucaneros zingarios. Cuando su barco es hundido por otros piratas, se aventura de nuevo en los reinos negros. Avanza hacia el norte, convirtiéndose en guardián de la frontera occidental de Aquilonia, donde combate a los salvajes pictos.

Tras dirigir la armada aquilonia y derrotar una invasión picta, Conan es atraído mediante una trampa a Tarantia, la capital, donde es encarcelado por el celoso rey Numedides. Consigue escapar e intenta preparar un levantamiento contra el rey, incapaz de dirigir con acierto su reino. Conan acaba con Numedides en su propio trono y se convierte en el gobernante del más poderoso de los reinos hybóreos.

Muy pronto, Conan se da cuenta de que no todo son rosas en la vida de un rey. En una conspiración de nobles descontentos con su reinado logran casi asesinarlo. Mediante un ardid, los reyes de Koth y Ofir lo hacen prisionero, para poder invadir fácilmente Aquilonia. Con la ayuda de otro prisionero —un brujo—, Conan logra escapar a tiempo de detener la invasión. La siguiente aventura de Conan es la que relatan estas páginas.

L. Sprague de Camp

1. ¡Oh, durmiente, levántate!

Casi dos años después de los sucesos de La Ciudadela Escarlata, Aquilonia florece bajo el firme gobierno de Conan. El aventurero de los años anteriores se ha convertido, con el paso del tiempo y de los acontecimientos, en un gobernante responsable y eficaz. Pero se está tramando una conspiración en el vecino reino de Nemedía. Sus protagonistas, con la ayuda de siniestras hechicerías de tiempos remotos, pretenden destronar al rey de Aquilonia. Conan ha cumplido ya cuarenta y seis años y, sin embargo, el tiempo no parece haber dejado sus huellas en él, a excepción de las numerosas cicatrices que surcan su cuerpo y, tal vez, una mayor precaución con el vino y las mujeres. Ahora es también más frío, menos temperamental que en sus tormentosos años de juventud. Aunque mantiene a un harén de bellas concubinas, nunca ha tomado una esposa oficial —una reina— y, por tanto, no tiene un hijo legítimo que pueda heredar su trono. Sus enemigos pretenden sacarle el máximo partido a esta situación.

Los cirios titilaron y las negras sombras danzaron en las paredes, al tiempo que se movían los tapices que las cubrían. Sin embargo, no había entrado la más leve ráfaga de viento en la habitación. Los cuatro hombres se encontraban de pie alrededor de la mesa de ébano, sobre la cual había un sarcófago verde que brillaba como si fuera de jade. Ca-

da uno de los hombres llevaba un extraño cirio negro en la mano derecha, que arrojaba una luz azulada y fantasmagórica. Afuera era de noche y el viento gemía entre los árboles.

En medio del tenso silencio que reinaba en la sala, los cuatro pares de ojos permanecían fijos en la larga caja verde, cuyos extraños jeroglíficos tallados parecían tener vida y movimiento, por efecto de la tenebrosa luz. El hombre que se encontraba al pie del sarcófago trazó con su cirio una serie de signos mágicos en el aire. Luego colocó el cirio en el candelabro de oro oscuro que había al pie del ataúd y, al tiempo que murmuraba un sortilegio ininteligible, introdujo la ancha mano blanca en su túnica ribeteada de armiño. Cuando la sacó, en su palma ardía una gema que parecía una bola de fuego vivo.

Los otros tres, sin poder disimular su asombro, respiraron hondo, y el hombre moreno y corpulento que se hallaba a la cabeza del sarcófago susurró:

—¡El corazón de Arimán!

Y levantó la otra mano para imponer silencio.

Ninguno de los presentes desvió la mirada del sarcófago. Encima de la momia, el hombre de la túnica agitaba la piedra preciosa y murmuró un encantamiento que ya era antiguo cuando Atlantis se hundió en los océanos. El fulgor de la gema cegaba a los hombres. Nada de lo que ocurría estaba claro en sus mentes. Un instante después, como si una fuerza irresistible la empujara, la tapa tallada del sarcófago saltó. Los cuatro hombres, presa de una intensa ansiedad, se asomaron al interior del ataúd y vieron una forma acartonada, encogida y reseca, con los miembros del color herrumbroso de las ramas muertas entre polvorientos vendajes.

—¿Vamos a devolver la vida a este ser? —preguntó con una risa sarcástica el hombre enjuto que se hallaba a la derecha—. Si parece a punto de deshacerse al menor contacto. Somos unos necios...

—¡Shhh!

El hombre alto, que tenía la gema en la mano, impuso silencio con un gesto autoritario. El sudor le cubría la ancha frente y las pupilas de sus ojos estaban muy dilatadas. Se inclinó nuevamente hacia adelante y, sin tocarla con sus manos, depositó sobre el pecho de la momia la ardiente piedra preciosa.

Luego retrocedió y permaneció con la mirada fija en la momia, mientras sus labios musitaban una invocación.

Era como si una bola de fuego vivo ardiera sobre el pecho muerto y reseco. De los labios de los cuatro hombres surgió una exclamación de asombro contenido. Delante de ellos estaba teniendo lugar una increíble transformación. La reseca figura del sarcófago se agrandaba, se alargaba y crecía. Los vendajes estallaron y quedaron reducidos a polvo. Los miembros agarrotados parecieron hincharse y estirarse. El color oscuro de la piel se aclaraba lentamente.

—¡Por Mitra! —murmuró el hombre alto y rubio que estaba a la izquierda—. No era un estigio. Al menos eso es cierto.

Afuera se oían los ladridos de un perro, que parecían un lamento, como si se tratara de un sueño maligno. Y luego se dejó de oír. En el silencio que siguió, se oyó el crujido de la pesada puerta, como si alguien presionara con fuerza desde fuera intentando abrirla. El hombre del cabello rubio se volvió hacia ella, con la mano en la empuñadura de su espada, pero su compañero, el del manto con bordes de armiño, dijo con tono sibilante:

—¡Quieto! No rompas el hechizo. ¡Y por tu vida, no vayas hacia la puerta!

El hombre rubio se encogió de hombros y se volvió hacia el sarcófago. Cuando miró, se quedó atónito. En la gran caja de jade yacía un hombre vivo, un hombre alto, vigoroso, de piel blanca y barba y cabellos oscuros. Estaba desnudo, inmóvil, con los ojos abiertos e inexpresivos como

los de un recién nacido. Sobre su pecho, resplandecía la gran joya.

El hombre del manto de armiño retrocedió, como si se hubiese liberado de una enorme tensión.

—¡Por Istar! —exclamó—. Es Xaltotun... ¡y vive! ¿Lo veis, Valerio, Tarascus, Amalric? ¿Lo veis? ¡Y todavía dudabais de mí! ¡Pero lo he conseguido! Esta noche hemos estado en las puertas del infierno, las formas de la oscuridad se han reunido con nosotros... sí, lo han seguido hasta la misma puerta. Pero lo importante es que hemos devuelto a la vida al gran mago.

—Y al hacerlo, hemos condenado para siempre nuestras almas —murmuró Tarascus, el hombre moreno y de pequeña estatura.

—¿Qué mayor condena que la propia vida? —dijo Valerio, mientras reía con aspereza—. Todos estamos condenados desde que nacemos. Además, ¿quién no vendería su miserable alma por un trono?

—Mira, Orastes, no hay señal alguna de inteligencia en su mirada —dijo el hombre alto.

—Ha estado muerto durante mucho tiempo —repuso Orastes—. Es como quien despierta de un largo sueño. Parece tener la mente vacía. Pero estaba muerto, y no dormido. Hemos traído su espíritu desde las simas del olvido y de la noche. Esperad, voy a hablar con él.

Se inclinó sobre el sarcófago y, clavando su mirada en los ojos grandes y oscuros del hombre que yacía dentro, dijo lentamente:

—¡Despierta, Xaltotun!

Los labios del hombre del sarcófago se movieron de manera casi imperceptible.

—Xaltotun... —repitió en voz baja.

—¡Sí, tú eres Xaltotun! —dijo Orastes, como un hipnotizador que intenta sugestionar a su víctima—. Tú eres Xaltotun de Python, del reino de Aquerón.

Una tenue luz brilló en los ojos oscuros.

—Yo era Xaltotun —susurró—. Ahora estoy muerto.

—No, ya no estás muerto. ¡Vuelves a vivir! —contestó Orastes.

—Soy Xaltotun y estoy muerto —continuó el murmullo sobrenatural—. Dejé de existir en mi casa de Khemi, en Estigia; allí he muerto.

—Y los sacerdotes que te envenenaron momificaron luego tu cuerpo para conservar, mediante sus negras artes, todos tus órganos. ¡Pero ahora vuelves a la vida! El Corazón de Arimán te ha devuelto a la existencia, ha atraído tu alma desde los abismos del espacio y de la eternidad.

—¡El Corazón de Arimán! —musitó el hombre, como si comenzara a recordar con claridad—. ¡Los bárbaros me lo arrebataron!

—Ya recuerda —dijo Orastes—. Vamos, sacadlo del sarcófago.

Los otros obedecieron con muecas de disgusto, como si les repugnase tocar al hombre al que ellos mismos habían devuelto a la vida. Y no parecieron tranquilizarse mucho más cuando notaron en sus dedos la carne firme y musculosa, vibrante de sangre y de vida. Pero finalmente lo colocaron sobre la mesa y Orastes lo cubrió con una extraña túnica de terciopelo negro adornaba con estrellas de oro y luna crecientes. Luego le puso una cinta dorada en la frente para sujetar la negra cabellera de Xaltotun, que le caía sobre los hombros. El renacido no hablaba, ni siquiera cuando, con sumo cuidado, lo sentaron en un sillón, que parecía un brillante trono con su gran respaldo de ébano, brazos de plata y patas que semejaban las doradas garras de un animal. Xaltotun permanecía inmóvil, pero poco a poco la vida volvía a sus ojos oscuros que se hacían más profundos y luminosos. Aquellos ojos parecían antorchas embrujadas que llegaban flotando lentamente a través de las tinieblas de la noche.

Orastes miró furtivamente a sus compañeros que estaban pendientes, con mórbida fascinación, de su extraño

huésped. Aquellos hombres, de nervios templados, estaban resistiendo una prueba que, tal vez, hubiera vuelto locos a seres más débiles. Orastes sabía que no estaba conspirando junto a cobardes pusilánimes, sino que aquellos eran hombres de valor tan comprobado como su ambición ilimitada y su falta de escrúpulos. Volvió su atención a la figura que se hallaba sentada en el sillón de ébano y que, por fin, habló.

—Ahora lo recuerdo todo —dijo el resucitado, hablando con una voz fuerte y llena de resonancias, en un nemedio curiosamente arcaico—. Soy Xaltotun y fui sumo sacerdote de Set en Python, en el reino de Aquerón. El Corazón de Arimán... he soñado que lo hallaba de nuevo. ¿Dónde está?

Orastes lo colocó en la mano del sacerdote, que contuvo el aliento mientras contemplaba la terrible y misteriosa joya que lanzaba ardientes reflejos sobre la pálida piel del resucitado.

—Me lo robaron hace ya mucho tiempo —dijo—. Es el corazón rojo de la noche, el que salva o condena. Vino desde muy lejos, hace mucho tiempo. Mientras lo tuve conmigo, nadie osó enfrentarse a mí. Pero me lo robaron, Aquerón cayó y tuve que huir a la oscura Estigia. Sí, recuerdo muchas cosas, pero también son muchas las que he olvidado. Estuve en una tierra lejana, más allá de los océanos y de las aguas brumosas. Decidme, ¿en qué año estamos?

—Está acabando el año del León —le contestó Orastes—, tres mil años después de la caída de Aquerón.

—¡Tres mil años! —murmuró Xaltotun—. ¡Cuánto tiempo! Y vosotros, ¿quiénes sois?

—Yo soy Orastes, en otra época sacerdote de Mitra. Este es Amaine, barón de Tor, de Nemedía. El alto es Valerio, legítimo heredero del trono de Aquilonia.

—¿Por qué me habéis devuelto la vida? ¿Qué queréis de mí? —preguntó Xaltotun.

Estaba completamente despierto y su mirada vivaz reflejaba la actividad de un cerebro despejado. No había duda ni atisbo de incertidumbre en su modo de actuar. Iba directamente al grano, como el que conoce que no hay efecto sin causa. Orastes le habló con la misma franqueza y dijo:

—Esta noche hemos abierto las puertas del infierno para liberar tu alma y devolverla a tu cuerpo, y lo hemos hecho porque necesitamos tu ayuda. Queremos el trono de Nemedía para Tarascus, y para Valerio la corona de Aquilonia. Con tus artes de nigromancia puedes ayudarnos.

Los otros comprobaron entonces que la mente de Xaltotun estaba llena de inesperados recovecos.

—Tú mismo tienes que ser muy hábil en estas artes, Orastes —dijo Xaltotun—, puesto que has sido capaz de devolverme a la vida. Pero me pregunto cómo es posible que un sacerdote de Mitra conozca el Corazón de Arimán y los encantamientos de Skelos.

—He dejado de ser sacerdote de Mitra —contestó Orastes—. Fui expulsado de la Orden por mi inclinación a la magia negra. Si no hubiese sido por Amalric, me habrían quemado vivo, por brujo.

»Desde entonces tuve la libertad necesaria para proseguir mis estudios. Viajé por Zamora, por Vendhya, por Estigia y por las encantadas tierras de Khitai. Leí los libros encuadernados con tapas de hierro que hay en Skelos y hablé con criaturas desconocidas, habitantes de los pozos profundos y de las densas selvas. Descubrí tu sarcófago en la misteriosa cripta que hay debajo del gigantesco templo negro de Set, en Estigia, y aprendí las artes para devolver la vida a tu reseco cuerpo. Por viejos manuscritos me enteré de todo lo que se refiere al Corazón de Arimán. Luego, durante un año, estuve buscando su escondrijo, y al fin lo encontré».

—Entonces, ¿por qué molestarse en devolverme la vida? —preguntó Xaltotun, mientras fijaba su penetrante mi-

rada en el antiguo sacerdote de Mitra—. ¿Por qué no has usado el Corazón para aumentar tu propio poder?

—Porque no hay ningún hombre en el mundo que conozca bien los secretos del corazón de Arimán —dijo Orastes—. Ni siquiera en las leyendas se han contado las artes que pueden liberar los poderes ilimitados de esa gema. Yo sabía únicamente que podía devolverte la vida, pero ignoro sus verdaderas posibilidades. Una vez resucitado es cuando podemos utilizar tu sabiduría, porque solo tú conoces a fondo los ocultos poderes de esa piedra preciosa.

Xaltotun movió dubitativamente la cabeza y se quedó contemplando fijamente la fulgurante piedra.

—Mis poderes nigrománticos son mayores que la suma de los que poseen todos los hombres juntos —dijo—. Y a pesar de ello, no tengo un poder absoluto sobre la joya. Yo no la utilicé en el pasado; tan solo la guardaba celosamente para que nadie la empleara contra mí. Me la robaron, y cayó en manos de un brujo de los bárbaros que derrotó mi poderosa hechicería. Luego la gema desapareció y yo caí prisionero de los sacerdotes estigios, antes de que pudiera saber dónde estaba oculta.

—Estaba escondida en una cripta, debajo del templo de Mitra, en Tarantia —afirmó Orastes—. Lo supe después de grandes dificultades, cuando ya había localizado tus restos en el templo subterráneo de Set, en Estigia.

»Unos ladrones zamorios, protegidos por ciertos sortilegios que aprendí de fuentes que prefiero no revelar, robaron tu sarcófago a quienes lo guardaban en el templo; transportada en una caravana de camellos, luego en galera y por fin en una carreta tirada por bueyes, la caja llegó hasta esta ciudad.

»Aquellos mismos ladrones, los que sobrevivieron después de la peligrosa aventura, robaron el Corazón de Arimán de su sombría cripta del templo de Mitra. La habilidad de los hombres y el poder de mis hechizos apenas sirvieron, y la empresa estuvo a punto de fracasar. Uno de los la-